

olvidarse, cuando se trata de aplicarlo al gobierno, de lo que han observado y de lo que sienten dentro de sí mismos. Cuento vmd., pues, que si estas reflexiones mías, dictadas por la humanidad, se publicasen, el primer premio que recibiría de ellas sería el baldon de impío y de protector de las malas costumbres; y sin embargo, interrúguense todas estas víctimas de nuestro incesante é ineficaz rigorismo; todas estas mujeres, objeto de los placeres, de la corrupcion y del desprecio de nuestras ciudades populosas; todas, casi todas fueron seducidas, engañadas, sacrificadas por nuestros perversos sistemas, y arrastradas á una degradacion que no pocas veces causa su tormento. Jamas saldrá de mi memoria lo que decía una de ellas, con aquel acento inimitable de la verdad y del dolor: «¡Qué injustas y crueles son las leyes con nosotras! Nacida en un estado pobre, pero criada en las máximas más estrechas del recato y de la virtud, cedí á mi corazón y al amor de un jóven mi igual, que se hallaba contraído en secreto con otra. Habiéndose traslucido las consecuencias de esta primera fragilidad, hecha el objeto del rigor inconsiderado de mi familia y de la murmuracion de cuantos me conocian, tuve que evitar ambas persecuciones en una ciudad: quise servir; mi estado me descubrió, y desacomodó muy presto: imploré el amparo de uno de aquellos establecimientos dedicados, al parecer, á estos objetos; pero sus leyes me excluian hasta la inmediacion del parto: tuve que refugiarme en casa de una mujer, que la indigencia habia envilecido: para pagarla y subvenir á las primeras necesidades de la vida, tuve que principiar este infame oficio: me hallé precisada á abandonar á mi hijo; y sufriendo los trabajos y dolores con que la naturaleza pensiona el nombre de madre, hube de renunciar á todos los consuelos que le endulzan. Desde entónces ningun dia sin lágrimas, sin remordimientos y sin el continuo martirio de mis sentidos y de mi corazón: igualmente infeliz cuando el infame salario profana las predilecciones de que es susceptible, como cuando acalla y reprime la aversion y la repugnancia: siempre acosada por la necesidad y la opinion: irrevocablemente desechada por la sociedad: precisada al vicio, que castiga: condenada, cuando quisiera contentarme con el más parco sustento, á ganar aún con qué saciar la codicia y desarmar la severidad: no pudiendo descansar un instante, ni en lo pasado sin remordimiento, ni en lo presente sin dolor, ni en lo venidero sin espanto, la muerte es el único puerto que me queda..... Hombres inconsecuentes y despiadados, que respetais la corrupcion debajo del dosel, y solamente cuando todo conspira á hacerla indisculpable, ¡ah! no, no es el vicio el que castigais, es siempre la debilidad y la desgracia; pero sáciense de una vez vuestro implacable rigor: contemplad nuestra suerte: es tan atroz y tan horrible, que bastaría á expiar, no digo nuestras culpas, pero tal vez vuestros mucho más execrables delitos.» Tal era, en sustancia, el len-

guaje de esta mujer, y se veian en su semblante, cuando hablaba así, las lágrimas ardientes y la desesperacion de la virtud indignada.

Si es imposible recorrer el triste círculo de las miserias que tienen derecho á los socorros de la sociedad, sin dejarse arrastrar de las reflexiones y afectos que excita este interesante asunto: si aún despues de haber omitido mucho, parece todavía episodio el punto de los niños expósitos, ¿qué campo no presenta á la meditacion y al discurso el hombre criado ya y adulto, pero postrado por la enfermedad, y destituido de socorros cuando más los necesita? Nuestra caridad le da la mano, es cierto, y le conduce á nuestros magníficos y multiplicados hospitales; pero ¡justo Dios! ¿qué caridad? ¿Pudo janas la tiranía más ingeniosa y más intensamente combinada reunir en tan corto espacio más insultos á la humanidad? A título de darla algunos socorros de una arte imperfecta, siempre escasos, siempre atropellados, y por consiguiente frecuentemente ineficaces, cuando no homicidas, se la quitan por de contado todos los beneficios y auxilios de la naturaleza, la ventilacion, el sosiego, los consuelos, el esmero del parentesco, del amor y de la amistad; allí, léjos de distraer al enfermo, concurren como á porfia todos los objetos capaces de atormentar su imaginacion; las quejas de los compañeros de sus dolencias; los cuidados asquerosos que exigen; el pronóstico fatal de su éxito; los moribundos, los muertos, el semblante encallecido, las almas férreas de aquellos sirvientes, que un largo hábito ha endurecido contra toda sensibilidad, y que reducen á un mecanismo ó tráfico vil la sublime ocupacion de aliviar á sus semejantes; todo, todo parece destinado á rodear de martirios á los enfermos, y á hacerles beber las heces amargas de la vida ántes de permitirles que la dejen. Pero ¡qué digo! ¡oh horror! ¡oh delito! ¿Cuáles no serán las angustias de la infeliz víctima, cuando en aquellas salas, teatro de todas las miserias humanas, oiga las indecentes risadas y las truhanerías insultantes, que á veces ahogan los acentos del dolor ó interrumpen el espantoso silencio de la muerte?..... Un hombre padece, ¡y otros juegan á su lado! Un hombre espira, ¡y sus semejantes se alegran!..... Pues, ¡y aquellas sirvientas con sus trajes, con su procaçidad y con las ideas que inspiran? Y en medio de todos los males, en presencia de la muerte, sobre los mismos cadáveres... Vmd. y yo hemos sido consiliarios de estos hospitales; invoque su memoria; yo no he hecho más que indicar una porcion cortísima de las reflexiones que excitó en mí este espectáculo.

Pues si tales inconvenientes son inseparables de este género de establecimientos, ¿podrá dudarse de la suma utilidad de suprimirlos, ó reducirlos al menor número y á la menor extension que sea posible?

Cualquiera hombre que tenga un hogar, una familia, un amigo, no necesita de hospital, y estará mejor asistido en su domicilio. Allí se curarian me-

por cuantos enfermos pueblan nuestros hospitales; allí tendrán los mismos socorros, siempre que los facultativos estén distribuidos con la debida proporcion, y que cada pueblo que pueda sufragarlo, mediante la dotacion proyectada de socorros, tenga médico, cirujano, botica, y que las aldeas inmediatas puedan acudir y valerse de aquellas proporciones. Arreglado así, quedarían sólo para los hospitales, ó aquellos hombres destituidos de toda conexion y parentesco, ó aquellas enfermedades contagiosas, ó aquellas que piden operaciones extraordinarias. Para todos estos objetos convendría que en cada partido hubiese hospitales dirigidos por otros principios; y en esta parte nuestros vanos reglamentos nunca reemplazarán los institutos sublimes de San Juan de Dios ó de las Hermanas de la Caridad. La religion sola puede imitar, sustituir y exceder á la misma naturaleza; léjos, pues, todos los mercenarios de aquellos asilos de la humanidad; por de contado su administracion será pura, como el motivo que la animó, y reducida á un cortísimo número de enfermos, será sencilla é ilustrada. No hago más que poner en el papel lo que presenta á la vista del hombre de ménos reflexion el cotejo de los pequeños hospitales con los grandes, el de los que están confiados á aquellas congregaciones religiosas, con los que en apariençia se gobiernan por ilustres juntas (en que bajo el título de caridad halla fomento nuestro insensato orgullo), y en la realidad se dirigen y administran por unos asalariados subalternos. Para estos impasibles calculadores el servicio del hospital será siempre un empleo, los pobres un objeto de especulacion, y los muertos y los curados un guarismo de más ó de ménos.

En una palabra, reducir los hospitales á lo meramente preciso, despues de haber apurado todos los medios de evitarlos, y poner exclusivamente en los brazos de la piedad aquellos pobres á los cuales la naturaleza ó la amistad niegan los suyos: tal es el temperamento que la sociedad debe adoptar para los enfermos.

Si se tratase, ó de extender este proyecto, descendiendo á sus pormenores, ó de justificarle contra las ilusiones de la preocupacion y del celo, sin duda no bastaría lo expuesto; pero sólo se trata de indicarle para probar que no queda omitido en la enumeracion de socorros públicos, y que se combina, en vez de oponerse, con la nueva y legítima organizacion que se propone.

Un enfermo cuidado por los suyos, visitado por facultativos que pueden asistirle con más despacio y atencion, y cuyo crédito se interesa en la conservacion de un hombre fiado á su inteligencia y desvelo; un enfermo consolado por la amistad, que ve su familia mantenida por la misma mano que le socorre (pues la limosna que proporciona caldo al uno, da sustento á la casa); quieto, sereno y con un aire puro: este enfermo curará más probable y más prontamente, ó si su hora ha llegado, morirá con más resignacion, y al espirar bendecirá y recomendará al amor y á la gratitud de sus hijos la so-

ciudad, que nada omitió para aliviar sus males y los últimos instantes de su existencia.

He disfrutado una vez de este espectáculo interesante; un criado mio, seducido, cometió una de aquellas culpas que tal vez merecen indulgencia, pero que la seguridad de las casas y el interes público no permiten tolerar; fué preciso despedirle, y se sustrajo á la severidad de las leyes; pero muy presto, acosado por la miseria y las funestas consecuencias del libertinaje, que le habia hecho reo, fué su asilo un hospital, donde se paliaron y no se curaron sus males. Se sentia desfallecer; acudió á mí; le proporcioné en un lugar inmediato una habitacion aislada de las demas con respecto al contagio de su dolencia; allí se le asistia segun su estado; allí vivió cerca de un año, paseando, respirando un aire puro, animándose con el calor vivífico del sol, ó distrayéndose con el inocente espectáculo del campo y de las labores rústicas; allí vió venir la muerte con resignacion y constancia, y la memoria de las bendiciones con que pagaba mis cortos beneficios no ha dilatado pocas veces mi corazón entristecido.

Ello es, amigo mio, que si cada uno quiere reflexionar lo que ha visto, y observar los sucesos de su vida, encuentra la solucion de todos aquellos puntos económicos que hemos tenido el arte de reducir á problemas.

Curado ó asistido el pobre cuando la enfermedad suspende la energía de su actividad y de sus fuerzas, tambien es justo considerarle cuando una enfermedad habitual las aniquila, y no le deja más que el peso y las calamidades de la vida, como sucede en los impedidos, en los dementes, en los ciegos, etc.....

Si no puede servir para nada, ¿quién duda que los socorros han de ser absolutos como las necesidades, y que la sociedad ha de suplir igualmente para ellos los bienes que no tienen, las fuerzas que no pueden ejercer, y los alivios que una familia pobre no alcanza á proporcionarles? Pero si no llegasen á este último apuro, si no padeciesen más que una disminucion de facultades, la sociedad les debe facilitar (y no más) objetos á que aplicar las que les quedan. Este género de imbecilidad abraza á cuantos la padecen: por de contado se ve en los dos extremos de la vida, la infancia y la vejez, y en las mujeres y los achacosos; á todas estas manos más delicadas y más débiles debe la sociedad una ocupacion constante, proporcionada, y tanto más fácil cuanto ha de ser general y libre de todas las sujeciones que pide la perfeccion de las artes.

Ya veo nuestros hospicios con los mismos inconvenientes que nuestros hospitales, y con resultas todavía más horribles. En nuestros hospitales al cabo se sacrifican los pobres; pero en nuestros hospicios se los degrada y se los pervierte. Con las correcciones debidas á la perversidad, á la prostitucion, se junta la educacion de la niñez y el consuelo de la vejez desvalida; tal es nuestra sabiduría: por fortuna el instinto de dignidad y de honor, que caracteriza á

nuestro buen pueblo, ha prevalecido en esta parte sobre cuantos esfuerzos se han hecho para alterarle, y le inspira el horror más justo y más saludable á los hospicios.

Hemos visto cómo los enfermos estarán mejor y más económicamente asistidos en sus casas que en los hospitales. Asimismo estarán mejor ocupados en sus casas que en los hospicios los pobres débiles y acreedores á una ocupacion honesta.

Un almacen de lana, de cáñamo, de lino, de algodón, que reparta entre las mujeres, niñas é impedidos estas materias primeras, recoja y pague el precio de las hilazas que entreguen: tal es en sustancia, lo que la sociedad debe proporcionar para socorro de estas necesidades.

Quede todo lo demás fiado á la actividad y á las combinaciones del interes particular. Que estas hilazas se compren y se empleen por los vecinos para fabricar medias ú otros artefactos; que se vendan en los mercados, ó en las ferias vecinas, ó á las fábricas más cercanas: que algun especulador discurre aprovecharse de esta proporcion y establecer telares; todo es indiferente, y todo llegará á verificarse, porque éste es el progreso natural de la industria; pero las juntas deben sólo proporcionar materias primeras, y mantener los pobres con la primera y más simple de las maniobras.

Esto será demasiado sencillo para nuestros directores proyectistas; pero yo no trato de hacer fábricas de perspectiva; no trato de hacer lucir y premiar tantos protectores de industria con *muestrecitas* y *embelecocos*, sino de volver á restaurar los manantiales de la industria nacional, seguro de que por sí misma se abrirá despues las sendas que hubiere de recorrer mucho mejor que con nuestros perversos reglamentos.

Acuérdese vmd., amigo mió, de los milagros que hizo el Banco en esta parte, cuando, sin poner una fábrica, sin montar un telar, y sólo con anticipaciones y consumo, avivó la industria adormecida ú obstruida de varias provincias, y sólo en la de Soria vió en ménos de tres años aumentarse desde tres mil á ochenta mil varas de paño la producción de aquellos fabricantes. Multiplíquense las hilazas, y muy presto habrá tejidos de todas especies; y cuando éstos no saliesen de la esfera de una industria tosca, ¿sería acaso poca ventura el que parte de nuestros pobres se mantuviese vistiendo á sus convecinos, y reemplazase los muchos géneros bastos que hacen á nuestro pueblo tributario de la Inglaterra?

Atendida, pues, ésta como las demás necesidades precedentes de la imbecilidad, por medio de una ocupacion proporcionada, sólo queda que proveer á los brazos robustos que la falta de trabajo, ó periódica ú ocasional, condena á la inercia, y por consiguiente á la mendiguez, plaga tanto más peligrosa, cuanto es más insensible, y que sólo se percibe cuando es más difícil de remediar; y sin embargo, ¿quién, con poco que reflexione, no ve nacer en esta falta de trabajo periódico todos los males de la sociedad? ¿Quién no ve destruir insensiblemente la

clase de los pequeños propietarios, aumentar de continuo la superabundancia de riquezas y de poderío en los ricos, reducir á mendigos y vagos nuestros jornaleros, y, multiplicando desórdenes y daños de toda especie, acabar con nuestra poblacion en los hospitales y hospicios?

Estos brazos amenazan á la sociedad entera, y ellos son los que deben dirimir los obstáculos de la naturaleza, dar á la agricultura y á la industria los únicos socorros que el Gobierno las debe. Nuestros caminos, nuestros rios, nuestras costas los están llamando, y aquí empieza propiamente mi obra. Pero ¿cómo me hubiera sido posible llegar á ella sin haber indicado y reunido los fondos necesarios á estas empresas, sin haber señalado su administracion, sin haberme hecho cargo de su distribucion en las varias necesidades que debe abrazar; y cotejando siempre lo que se hace con lo que propongo, haber justificado este plan sencillo con las demostraciones de la política y las instancias ejecutivas de la humanidad? Prescindiendo del íntimo enlace que tiene la agricultura con la poblacion, mal se pudiera prometerla quitar los obstáculos de la naturaleza, si el cumplimiento de esta promesa dejase en el desamparo la cuna del expósito, ó el lecho del enfermo, ó la imbecilidad del sexo y de los años.

Pero reunidos todos los socorros en un fondo de caridad, y atendidas aquellas necesidades, debe encontrarse en su sobrante, no sólo el salario de aquellos brazos que ha de emplear en quitar los obstáculos locales que la rodean inmediatamente, sino tambien los auxilios que debe prestar para remover aquéllos que no por más distantes la interesan ménos; en una palabra, este fondo de socorros debe alcanzar á las dos especies de obras públicas: las que cada lugar puede desempeñar, y las que debe auxiliar; las obras municipales, ó de cada pueblo, y las generales.

Caminos.

Siguiendo siempre el principio de confiar al interes particular cuanto pueda hacer, y de reservar á la accion del Gobierno sólo lo que sea inaccesible á las fuerzas aisladas de una fraccion del imperio, quedan exactamente distinguidas las dos clases de obras. ¿Quién será, por consiguiente, más á propósito para dirigir las, hacerlas, repararlas y atender á su conservacion?

La delineacion de los caminos, esto es, la parte científica de ellos, está hecha: su direccion está señalada por todas partes; con que sólo falta ensancharlos, ó levantarlos, ó dar pendiente y salida á las aguas, ó añadirles solidez, ó formar alguna alcantarilla. ¿Cuál, pues, de estas operaciones es inaccesible á los conocimientos de nuestros jornaleros? ¿Qué lugar no poseerá, ó por sí, ó en sus inmediaciones, un maestro capaz de estas obras, que no deben tener más lucimiento que el de la solidez? Y si en algunas partes hubiese que trazar un nuevo camino, ó construir un puente, ó formar un pantano,

¿sería tan difícil emplear nuestros ingenieros, distribuidos en cada provincia, para formar mapas exactos de cada partido y sus comunicaciones, y levantar planos de aquellas pocas obras que necesitan del auxilio de su arte, pero confiando siempre la ejecucion y el desempeño á cada pueblo respectivo?

Ahora, pues, representese vmd. todos nuestros brazos ociosos en aquellos meses que interrumpen las labores del campo, dedicados á hacer sus caminos, y cada pueblo trabajando exclusivamente en los de su término, ya en el trozo de camino real que les corresponde, ya en los vecinales: suponga vmd. sólo veinte hombres por lugar, y sesenta dias de trabajo en cada año; y hallará que si cada uno de nuestros diez y siete mil lugares hace sólo media legua al año, se habrán construido ocho mil y quinientas en el primero, y cuán pocos se necesitarían para acabarlos todos, hacer cómodas y corrientes las comunicaciones; y vea vmd. ahí disuelto uno de los más importantes obstáculos á los progresos de nuestra agricultura.

Es bien claro que como los caminos reales pasan por algun término, la diferencia de anchura y solidez ocasionará alguna en el progreso de la obra, pero no en su coste, pues el lugar á quien correspondiere, tardará más dias ó años en concluir sus caminos; pero entreteniéndolo el mismo número de hombres que si tuviere sólo caminos vecinales (porque su medida será el número de hombres robustos y desocupados), tardará un poco más que los otros en poder aplicarlos á las demás empresas. Si han de efectuarse estas obras al destajo ó al jornal, esto lo proporcionarán las juntas locales: ellas se asegurarán mejor de la solidez de las obras, conocerán y reprimirán mejor los fraudes, y dado caso que algun abuso eluda su vigilancia, cotéjese, por Dios, este inconveniente con nuestras empresas de informes y de órdenes, en que un ingeniero ó maestro, enviado á gran costa, nivela desde su coche, trae á nuestras ocupadísimas secretarías, su plan, lo hace aprobar; y sólo vuelve á inspeccionar la ejecucion cuando algun accidente, fácil de haberse previsto ó reparado, recuerda demasiado tarde la existencia de aquella obra. Cotéjese, digo, este sistema con los abusos, ó de ignorancia ó de cohecho que caben en nuestros lugares, y desde ahora se tocará que éstos son tanto menores, cuanto no tendrán á su favor la impunidad y la proteccion de un *Mecenas* cortesano, que comunica su infalibilidad á los ojos por los cuales ve, y á las manos que piensa que mueve.

Abjuremos, pues, estas ideas de perfeccion quimérica, que causan nuestros mayores males: abusos los habrá; pero redúzcanse á la menor suma posible, y contentémonos con ésta: tal es la suerte de la humanidad.

¿Y qué sería si á la aplicacion de los brazos robustos y pobres se añadiesen los que sin coste alguno de nadie pudiesen asociarle los ricos y pudientes por medio de una emulacion tan consiguien-

te á este sistema? ¿Estarian, por ventura, tan escasos los sentimientos de beneficencia y de humanidad, que fuese absurdo esperar que el labrador acomodado quisiera participar de este servicio público con su persona, su ganado y sus utensilios? ¿Quereis excitar esa emulacion? Haced de cada pueblo lo que debe ser, una humanidad reciproca de proteccion y de servicios: vea cada individuo al lado del trabajo el premio ó la alabanza: que la limosna, convertida y ennoblecida en destajo ó en jornal para el pobre, deje lugar á otro aliciente para el labrador honrado que le ayudó: no se desdén el cura y el alcalde de poner la primera mano á la obra: santifique la religion el principio y la conclusion de los trabajos públicos, y que algunas inscripciones rústicas sobre toscas piedras, pero consagradas por la gratitud, conserven la memoria de estas acciones. ¡Ah! ¡Qué bien conocemos el corazon humano cuando se trata de aprovechar sus afectos y sus debilidades para aquellos magníficos delitos que dan materia á nuestras historias; y sólo somos ignorantes para dirigirle cuando se trata del bien de la humanidad misma!

Pero es tan evidente el rápido progreso que tendria la conclusion de nuestros caminos por este método, que da lugar á la objecion de tener que sustituir dentro de pocos años otra ocupacion á estos mismos brazos.

¿Y cuántos no necesitarían ya de estos auxilios, enriquecidos con estos jornales ó destajos extraordinarios, ó con alguna industria á que los hubiese inducido la proporcion de materias preparadas, ó con los descuajos consiguientes á las muchas tierras valdías y al aumento del valor del fruto?

Prescindiendo de esta fundadísima esperanza, ¿no existen por ventura otras empresas á que nos llama imperiosamente nuestra agricultura? El formar pantanos para recoger y conservar las aguas llovedizas, el sacar cauces de los rios, el repoblar y plantar nuestros montes, ora queden en calidad de comunes, ora pasando á las manos activas del interes particular, éste asalarie á los pobres y los emplee en los tiempos de holgura; todos éstos serán otros tantos medios de beneficencia y utilidad comun. Pero si llevando la prevision más allá del término que puede alcanzar la prudencia humana, se quiere suponer que socorridas mejor todas las necesidades, y abiertos los manantiales de la riqueza, tendríamos siempre el mismo número de pobres, entónces las obras públicas del Estado, que necesitan su accion directa, podrán emplear por un período indefinido de años á los jornaleros que no tengan ya ocupacion en sus lugares respectivos.

Canales.

Siendo preciso ceñirse en una materia tan dilatada, contraigámonos á los rios y canales navegables.

Mírese á la dificultad de las empresas, ó al arte que la ha de vencer, ó á la variedad de términos, ó á la unidad de direccion y administracion que piden,

ó al tiempo necesario á su conclusion; estas empresas y todas las que participen de las mismas circunstancias pertenecen al Gobierno: su mano poderosa puede sola conducirla á su fin por medio de todas las resistencias del interes parcial: sí, amigo, el interes parcial de los pueblos: este director celoso y económico de los caminos y de los hospitales, y este consolador de las necesidades locales, es el más formidable enemigo de las empresas generales: multiplicará las presas en los rios, y jamas favorecerá un canal, que pasando con poca utilidad por su circunferencia, presente mayores ventajas á una provincia distante y mejor situada.

Allí es, pues, donde el interes general, reunido en el Gobierno, debe desenvolver su omnipotente energía.

¿Con qué facilidad lo puede?... ¿No tiene en su mano una porcion numerosísima de pobres robustos, que él hace, que él pervierte y que él mantiene en la inacción? ¿No tiene en ese numeroso ejército los ingenieros que han de proyectar, los brazos que han de ejecutar, los oficiales que han de inspeccionar, y hasta un sistema de economía tradicional de cuenta y razon, mucho más exacto que el de sus oficinas?

El Ebro, el Tajo, el Duero, el Guadiana, el Guadalquivir, atraviesan, como otras tantas arterias, nuestra península. El Ebro, que recibe al Ega, al Aragon, al Gállego, al Cinca y al Segre, ofrece comunicaciones á la parte septentrional de sus orillas, mientras las meridionales con el Xalon, el Cidaco y otros rios de menor nombre, pueden tener la misma proporcion.

El Tajo, que se despeña de las sierras de Cuenca, y se enriquece con el Jarama, Tajafia, Manzanares, Henares y Lozoya, tiene por venas principales á Guadarrama y al Alberche.

El Duero, que recibe las aguas de los montes de Leon, como de los de Oca y de Guadarrama, parece que convida más que ningun otro á comunicaciones interiores.

El Guadiana, destinado á dar á Castilla la Nueva, como á Extremadura, un puerto en el Océano por Ayamonte, recibe asimismo varios rios en su corriente.

Y el Guadalquivir, el antiguo Bétis, que recuerda á la imaginacion todos los bienes de la edad fabulosa, y ahora nos presenta todos los géneros de opresion y de miserias que lloramos; este rio ¿no se engrandece con el Genil, el Magana, el Garizar y el Guadalén, que le hacen comunicar con la Mancha? Y ¿cuántos puntos de reunion no se ofrecen entre aquellos grandes rios? Por de contado está en las llanuras de Baraona la del Duero y del Tajo, por medio del Henares, y tal vez á no muy largo trecho la del Duero con el Ebro, por medio de algunos rios menores de la Rioja.

Unida la Mancha con la provincia de Madrid, esto es, Guadiana con el Tajo, por las aguas intermediarias que vierten á uno y otro rio, á poca distancia de ambas se presenta en los llanos de la

Mancha el Júcar, como para establecer una navegacion mediterránea desde Cullera ó Valencia hasta Ayamonte, y por la reunion de Guadiana con Guadalquivir hasta Sevilla.

Tal es el inmenso campo que presenta á la actividad del Gobierno el fomento de nuestra agricultura: tales son los obstáculos que tiene que dirimir.

Sesenta mil hombres le ofrecen sus brazos ociosos, su disciplina y el corto prest que les paga: ahórrese éste, y págueseles en razon de su trabajo: costéese la diferencia de este prest á lo que importaren las obras por el sobrante del fondo de socorros, ó por un fondo especial si aquél no aleanzase; y dentro de poquísimos años estarán corrientes las navegaciones generales, y se combinarán con ellas todos los regadíos posibles. ¡Oh!; Y cuántos bienes, amigo mio, resultarían de este plan! ¿Sería el menor reconciliar con el trabajo y la aplicacion nuestra tropa, fortalecer nuestros soldados por el ejercicio de sus fuerzas, sustituir para nuestros oficiales la actividad del ingenio y del cuerpo á estas serviles pantomimas en que inútilmente los ocupan; en una palabra, convertir en utilidad y en auxilio lo que ahora es sólo carga y ruina?

Con una corta retencion en los destajos, retencion saludable á la disciplina, se formaba un fondo con que á medida que cumpliase un soldado acreditado por ocho años de trabajo y de buena conducta, beneficiaria la suerte de tierra que le cupiese en las orillas de los canales; y vea vmd. allí nacer un gran número de propietarios y de nuevas familias.

Vmd. sabe que he escrito mucho sobre este punto, y que descendiendo á los pormenores, he demostrado hasta la evidencia la facilidad y utilidad de esta aplicacion de la tropa á los canales y rios navegables; pero me contentaré con un ejemplo, que podrá dar una idea más completa de sus ventajas.

Faltan cuarenta y ocho leguas para concluir el canal de Castilla desde su origen hasta Guadarrama: ponga vmd. un hombre inteligente, eficaz y amante de la gloria á la frente de esta empresa, y seis mil hombres á sus órdenes: divida en seis cuerpos este pequeño ejército: cada uno tendrá ocho leguas que hacer, y á razon de una legua al año, bastarán ocho para hacer cerca de tres veces más de lo que se ha hecho en cuarenta: esto en cuanto al tiempo; en cuanto á la economía, consuman los seis mil hombres en la provincia cuanto ganen, y repártase proporcionalmente en ella todo cuanto este coste excediese al prest que se ahorra, al sobrante del fondo de socorros, y á los productos progresivos del mismo canal, y ciertamente la carga será muy ligera y muy inferior á la utilidad.

Hechas estas navegaciones principales, cada provincia se afanará en abrir las comunicaciones que la interesan para llegar á disfrutarlas; y vea vmd. allí el empleo de los brazos desocupados por haberse hecho ya los caminos, si es posible que queden algunos, cuando la pesca y la navegacion interior

les ofrezcan otra nueva ocupacion en el aumento consiguiente de nuestra marina mercantil.

Así es como todas las verdades se unen, y como todas las ventajas políticas nacen unas de otras, mediante un sistema bien combinado.

¿Pero no es éste un sueño, amigo mio; los pobres socorridos, asistidos, ocupados, y nuestros caminos hechos y mantenidos; nuestros rios navegables, ó suplidos con canales; la humanidad enjugando sus lágrimas; la política removiendo los obstáculos de la naturaleza, y dejando á la industria toda su energía? Sí, lo es, y no quiero más prueba que este mismo escrito, en que se han llevado pliegos enteros nuestros abusos, nuestros reglamentos, y aquel monton de equivocaciones groseras, pero consagradas por el tiempo y defendidas por la preocupacion, por miserables y ridiculos intereses, que componen nuestra homicida prudencia; mientras, al contrario, los remedios ocupan poquísimos renglones: tal es su sencillez y la facilidad con que se descubren á la menor reflexion.

Así es como siendo tan fácil levantar el edificio majestuoso de la verdad y de la utilidad comun, no basta la vida entera para derribar tanto andamio y limpiar el área de ruinas y escombros.

No, amigo mio, la ciencia del gobierno no necesita recónditas doctrinas, ni esfuerzos de entendimiento: está en el corazon de un hombre de bien, que estudiando la naturaleza dentro de sí mismo, como en sus semejantes, los ama tiernamente, y prefiere la felicidad de ellos á todo, y aún á la gloria misma.

Una junta encargada de formar un sistema de socorros públicos para todos los pobres, su organizacion, la aplicacion de parte de ellos á los caminos y canales, y el método que se hubiera de observar en su constitucion, esto es cuanto vmd. puede proponer al Consejo, valiéndose de aquellas reflexiones mias que tenga por corrientes, y mejorándolas con las suyas.

En cuanto á mí, satisfecho de haber obedecido á vmd. en esta primera parte, voy á pasar á los obstáculos de opinion, presuroso de acabar con una ocupacion que escandece é irrita mi alma demasiado sensible; pues estas reflexiones, que son novelas si pensamos en la utilidad que hubieren de producir, son historias harto ciertas y crueles de los males que presenciamos, que sufrimos, y que trasladaremos á nuestra posteridad.

CARTA II.

Sobre los obstáculos de opinion, y el medio de removerlos con la circulacion de luces y un sistema general de educacion.

Siempre que se empieza á discurrir sobre los obstáculos de opinion que impiden el progreso de las sociedades políticas, ¿quién no ha de sorprenderse, amigo mio, de que estos obstáculos sean mil veces más multiplicados y más difíciles de vencer que los de la naturaleza? Taladrar los montes, frenar ó dirigir los rios, vencer el Océano: todos

estos milagros de la industria humana son juegos si se cotejan con el empeño de hacer ver y seguir al hombre su verdadero interes.

Pero para que cese la admiracion basta abrir los anales de nuestra especie, y recorrer las continuas conspiraciones hechas para pervertirla y embrutecerla. Sí, los gigantes, amontonando el Pelion sobre el Ossa para sitiarse y expeler á los dioses, son una débil imágen de los esfuerzos incansables de tantos maestros de error, siempre conjurados para apearse á la razon humana del trono del mundo; ¿qué mucho, pues, que falaces y nocivas vislumbres hayan, casi por todas partes, reemplazado á las tinieblas de que la naturaleza nos rodeó, y que á aquella ignorancia feliz haya sucedido una falsa y detestable ciencia? y esta ciencia no hay que creer resida exclusivamente en los palacios magníficos que la señaló nuestra estólida gratitud, en esas aulas, en esas universidades, y en tantas corruptoras cátedras: no por cierto; se ha connaturalizado de tal modo con nosotros, que parece impregnar el ambiente que respiramos: acude presurosa á nuestra cuna, y desde entónces hasta el sepulcro compañera inseparable, nos pasea de extravió en ilusiones, afligiéndonos ó embelesándonos con recelos ó esperanzas igualmente fantásticas.

Tan espantosos, por consiguiente, son nuestros progresos en esta funesta carrera, que el instinto de los animales, inferiores por naturaleza, se ha hecho muy preferible á la inmensa serie de errores que componen nuestra razon pública: aquél los conduce seguramente á la perfeccion y á la felicidad de que son susceptibles; y ésta nos aleja laboriosamente, y como á propósito, de los fines para los cuales nos fué concedida: y esta verdad, harto cierta para el mayor número de individuos, lo es mucho más contraída á las sociedades políticas; y si no, tienda vmd. la vista por casi todas las naciones, véalas entre la esclavitud y la anarquía, destruyéndose igualmente con ambos extremos, disputando, degollándose por palabras y denominaciones, y siempre perdiendo de vista la esencia del pacto que las reunió, ó deificando el estúpido visir que las devora en silencio, ó siguiendo á los malvados feroces que las conmueven y asolan para reformarlas; y mientras la razon sola, sin efusion de sangre y sin convulsiones, opondria un baluarte insuperable á ambos excesos, evitaria los males ó impediria su primer progreso, apelan sólo al colmo de éstos y á la efervescencia de las pasiones abrasadoras.

¿Y qué difícil es ya corregir tan funesta tendencia! Al Gobierno, para fomentar la industria nacional le basta el no impedir; pero para restablecer la razon pública debería hacer olvidar, buscar el origen de las sociedades, borrar todas las sendas tortuosas, y sólo dejar subsistir aquella que la naturaleza señaló; senda fácil y llana, en que la felicidad del individuo no tiene más limites que la prosperidad comun.

Basta definir esta empresa para comprender su